

Afecciones melancólicas (1622)

Caso I

En primer lugar, en la Academia parisien- se, tenía un profesor, hombre distinguido y muy experto en esta nuestra arte, que trata- ba a un ilustre hombre melancólico, el cual pensaba que era un vaso de vidrio. Si se le acercaba alguien para hablarle, inmediata- mente se alejaba con cuidado y a gran velo- cidad creyendo, o mejor temiendo que se quebraría por la aproximación o el contac- to con alguien. Perseveró en esta imagina- ción demente durante algún tiempo, acom- pañado de un gran odio a todos los que se declaraban contrarios a su delirio.

Por fin, un día, este médico prudente se le acercó y le dijo: «Ilustre príncipe, no pue- do por menos que reírme de todos los que niegan que sois un vaso de cristal: es tan cierto como que ahora luce el sol. Por eso, es preciso os acostéis día y noche en un le- cho aderezado solamente con paja, donde estaréis seguro y sin daño, de la misma ma- nera que todos los comerciantes de estos va- sos, cuando viajan, llevan sus vasos de vi- drio para que no entrechoquen o se quie- bren».

Al melancólico le gustó sobremanera el consejo del médico y lo aceptó. Inmediata- mente se amontonó una gran cantidad de pa- ja en una habitación espaciosa, larga y am- plia. Después de preparar el lecho y exten- der sobre él sábanas, el médico le pidió que se recostara, y él accedió al instante.

El médico fingió haber perdido algo en la habitación cerca del lecho del enfermo, llevando una antorcha de cera encendida y buscando de un lado a otro. Y según se acer- có a un ángulo de la cama, aproximó la an- torcha a dicho ángulo y salió más veloz que

el viento. Cerró la puerta de la habitación y quedó solo el melancólico, al cual rodea- ba una gran llama de fuego, que casi des- truyó la casa con el incendio.

El enfermo no sólo gritaba por miedo, si- no que también pedía auxilio a los familia- res mientras golpeaba la puerta fuertemen- te con la cabeza y con todo el cuerpo. Los familiares respondían desde fuera, y le pre- guntaban cómo era posible que abatiera la puerta con pies y manos, con la cabeza y con todas sus fuerzas sin lesión alguna, y cómo no se había roto en mil pedazos, pues- to que afirmaba que era de cristal.

¿Y él?: «Abrid, os lo ruego, amigos míos, y queridísimos familiares, ya no creo que soy un vaso de cristal, sino el mayor de los desgraciados, sobre todo si determináis ac- bar con mi vida aquí con este fuego». El tem- or a morir por el fuego fue tan intenso que causó la supresión de esta falsa imaginación. Después, no sólo no creía ser tal, sino que reprendía a todos los que contaban su locu- ra (16b-17a).

Caso II

También uno enfermó de la llamada me- lancolía hipocondríaca y se presentaban en- tre otros síntomas de esta afección, borbo- rismos, cólicos, y dolores de vientre. De modo que los afectados por tal género de enfermedad piensan que tienen serpientes vivas encerradas en los intestinos, como creía éste. Y lo tenía por cierto, de tal mo- do que cuando lo examinaba cada día no me pedía sino que se las sacara. Yo mismo, un día de purgación, mandé a los criados de la casa meter unos lagartos y unos gusanos vi-

vos largos y gordos en una vasija, plato o recipiente donde él solía defecar. A la cuarta o quinta vez que descargó su vientre, aparecieron gusanos y serpientes saltando y subiéndolo por los lados de la vasija. Una criada, al verlo, salió gritando, llamando a los criados, anunciándoles que su amo había echado las serpientes vivas gracias al medicamento que yo le había dado.

El enfermo oyó las voces de la criada y la alteración de los otros, les mandó que entraran en su habitación y les preguntó a cada uno qué era aquello. Le declararon todos a una voz lo que ocurría, y trajeron ante el mismo enfermo la vasija llena de excrementos, donde vio con sus propios ojos las serpientes arrastrándose de aquí allá, enormemente admirado y dando crédito a todos: desde aquel día no volvió a hablar conmigo ni una sola palabra sobre las serpientes ni se quejó de ello más (17a).

Caso III

Se nos presentó una doncella de veintidós años, por temperamento sanguínea biliosa, con el cerebro, el corazón y el hígado cálidos, como demostraban las señales de tales partes. Se le habían interrumpido las menstruaciones. Ésta, al presentarse esta ocasión nada despreciable, cayó por días en una gran tristeza y en pensamientos variados, después de una risa excesiva y desmesurada, y en llanto, cuyo fin era claramente el delirio. Todos estos síntomas aumentaban mucho, y al cabo de unos pocos días aparecía una gran tensión y obstrucción del hipocondrio izquierdo. Al notarlo, me di cuenta de que el cerebro estaba dañado por consenso de todo, junto con la participación del hígado, y de que finalmente los síntomas eran del tipo de lesión de las principales funciones

y la afección melancólica. Indiqué que la causa era la sangre melancólica abundante y de escasa calidad que se había vuelto cálida. Por esto predije que sería largo, ya por la conjunción de las partes de donde procedía, ya por este humor de naturaleza rebelde.

Sofronio: ¿Con qué remedios asiste a esta infeliz?

Aristipo: Con siete tipos de remedios: con el alimento, por ejemplo, que conviene sea húmedo. En segundo lugar, limpiando todas las vías comunes y preparando el jugo. Tercero, con evacuaciones por medio de sangrías. Cuarto, por purgaciones particulares. Quinto, desviando los humores del cerebro. Sexto, disolviendo el resto y fortaleciendo el cerebro, el corazón y el hígado. Séptimo, con los consejos necesarios para la manera, tanto de curar esta enfermedad como de preservarla [...] (20b-21a).

Caso IV

Se trata de un monje de treinta y cuatro años, hirsuto, moreno, delgado. Tras observar todo esto, verás qué temperatura posee. Se alimentaba desde hace tiempo con vino negro y espeso y otros alimentos de sustancia grasa, que de todos es sabido es la causa principal de la formación de la melancolía. Cayó en un delirio repentino, y declaraba que ya había muerto y por fin resucitado, y que ya era inmortal. Y —lo que admira a todos— discernía con juicio recto y hablaba de tal forma que nadie podía percibir que deliraba. Junto con esto tenía miedo y una tristeza nada despreciables (28b-29a).

Caso V

Un joven de buena disposición, de veintidós años de edad, cayó en un furor repentino, del modo del que sólo Avicena parece hablar cuando dice de algún maníaco que todos sus movimientos y palabras los produce el demonio. Sufrió fortísimos dolores de las hemorroides durante mucho tiempo y un flujo excesivo de la sangre en ellas. Descubrió la afección a un sangrador amigo suyo, y le reclamó con insistencia el remedio. Cuando accedió, desaparecieron en esta vena su flujo, y los dolores. Este hombre, varios días antes, había vaciado su cuerpo con la falta de alimentos, ayunos y otros modos de penitencia, y así estaba delgado, y por estas causas dispuesto a caer en esta enfermedad. También porque la época era muy cálida. De ahí que la sangre retenida, acostumbrada a ser evacuada, se consumió en exceso; y de ahí el furor, el delirio, las constantes vigiliadas, las variadas e infinitas imaginaciones; estaba inconstante y fluctuante entre múltiples opiniones, formándose imágenes fugaces y dudando de ellas en una conversación inconstante.

Se mofaba de éste y otros métodos y rechazaba cualquier cosa que se le llevaba a la boca. Además, se veía atormentado por una sed excesiva, todo lo cual provenía de una ingente bilis roja muy cálida. [...] El se empeñaba tanto en rechazar todo esto [el método curativo], que le obligábamos a obedecer atado de pies y manos y envuelto en redes, lo cual ocasionaba no pocos trabajos, ocupaciones fastidiosas a sus cuidadores y siervos, hasta que ya se le abandonaba, a no ser que yo mismo le animase con buenas palabras y esperanzas de salud cierta. Durante la curación, mandaba recrear su ánimo con cantos dulces y armonías sonoras: calma la turbación de la mente, relaja

y contiene los estados de ánimo procelosos (29a-30a).

Caso VI

Una doncella en edad núbil padecía una enfermedad maníaca y melancólica algo grave. Entre otros síntomas, la oprimían el miedo y la tristeza a intervalos. Muchas veces la arrebatava tanto el furor que parecía desgarrar su corazón, su cabeza y sus vestiduras. Este mal comienzo se debe en mi opinión a la retención de la sangre, pues, como ya he señalado, estaba en edad núbil, era muy lasciva, delgada y un poco hirsuta, y junto con esto hace tiempo que le faltaba la menstruación. Algunos días estaba cuerda; entonces me enseñaba lo que he dicho y a la vez investigaba si se le había retenido alguna otra evacuación; ella dijo que no le había faltado ningún otro mes antes. Comprendí que su útero estaba dañado y, como consecuencia, el cerebro por consenso (31a).

Caso VII

Aunque Galeno habla de mujeres cuando, refiriéndose a la histeria, enseña sus señales, yo traté a dos hombres que, afectados por la enfermedad melancólica, a veces se veían oprimidos por los mismos síntomas que atacan principalmente a las viudas y a otras, como las religiosas y las doncellas. [...] Uno de ellos era un hombre ilustre que, dedicado a la vida monacal, a los pocos días cayó en el miedo y en una gran tristeza y después en un sofoco, como si le proviniese del útero. Sacudía y desgarraba todo su cuerpo de diversas maneras con las manos, los pies y la cabeza. Tras

notar esto, no podía alcanzar a conocer la causa, y pasaba día y noche pensando para mí de dónde le podía venir la enfermedad. Entonces me acordé de un caso de un capítulo de Galeno. En él hallé la causa clarísima de esta afección, donde dice así: «Ciertamente he conocido a algunos que tenían tal naturaleza que, absteniéndose de sus pasiones por pudor se vuelven pasmados e indolentes. Algunos, además del ejemplo de los melancólicos, se vuelven desmesuradamente tristes y tímidos». Creo que estas palabras las escribió Galeno por nuestros enfermos.

Pues el primero, cuando estuvo fuera de la comunidad de religiosos, se había dedicado mucho más a los placeres del amor, y cuando se abstuvo totalmente de ellos, ocurrió lo que decía Galeno antes: inmediatamente le sobrevinieron dichos síntomas. El segundo, sin embargo, no estaba tan disperso ni ocupado en estas prácticas carnales ni en la vida libertina. Entre las causas estaban su temperatura, la edad y los alimentos, el vino y el sosiego y el consuelo de la vida, porque le reunía una cantidad de semen nada despreciable y se la retenía. Y como en el otro, le ocurrieron síntomas semejantes o casi iguales [...] (31b-32a).

Caso VIII

Una muchacha de veinte años de edad amamantaba al hijo de un hombre noble. Como estaba muy bien alimentada, la leche aumentó mucho, más de lo normal. Entonces la leche, por la edad de la nodriza y por el temperamento bilioso se calentó demasiado y se quemó. De tal modo que su rapto repentino en la cabeza produjo manía, cuyos síntomas recuerda Hipócrates: «En todas las mujeres en las que la sangre se con-

centre en los pechos, se revela locura». Aunque Galeno en su comentario decía que nunca lo había visto, sin embargo Cornelio Celso dice que a menudo les ocurre a las mujeres cuando allí se reúne la sangre demasiado caliente e hirviendo y el frío que está en los pechos no puede convertirlo en leche.

Decía Filoteo que la sangre de las venas comunes va a dar a los pechos. Si es moderada, se convierte en leche. Pero si es más abundante de lo conveniente, no se transforma, porque debilita con su magnitud la fuerza del pecho. Permanece abandonada y se corrompe. Como consecuencia de esto se mandan vapores penetrantes al cerebro, lo trastornan y se produce la manía. De ello hace mención también Al-Razí. Por lo tanto, esta muchacha, ya maníaca, se recuperó con abundantes sangrías en los brazos, alimentación ligera, vendas, friegas y aplicaciones de ventosas en las piernas. Y esto sólo durante diez o doce días (32b).

Caso IX

Se trataba de un hombre de unos treinta años más o menos que, alimentado con comida y bebida grasa y silvestre, cayó en una tristeza muy profunda, de modo que día y noche gustaba de lugares solitarios. Pero por las noches rondaba sobre todo por los barrios y plazas de la ciudad y al llegar el día vivía en los campos y en sus lugares más recónditos. A esta enfermedad Pablo de Egipto la llama «lycaón» o licantropía; Avicenna, «disposición canina» (porque por las noches van de un lado a otro aullando como perros); Aecio de Amida y Galeno, «locura lupina».

Este hombre estaba tan afectado por esta enfermedad que cada noche se encontraba ya en éste, ya en aquel cementerio sollozando

do con voz aguda y lastimera y llamando a los muertos. Estaba pálido, hirsuto, desnudo, delgado y con los ojos hundidos. Cogido por el gobernador de la ciudad, permaneció atado durante algún tiempo en un hospicio para pobres y allí le curé yo mismo [...]. En poco tiempo (seis semanas) se restableció este enfermo. Se le instruyó a él y a un vecino y siervo suyo para que no recayera, y para que todos los meses tomase un medicamento simple y suave que expulsa la melancolía (32b-33a).

Caso X

Un célebre hombre amaba ciegamente a una mujer bellísima con el deseo con el que Platón decía que alguien deseaba tener el bien, y justamente su amor era, según Plotino, la acción del alma que desea el bien; un deseo de belleza según Marsilio Ficino. Este hombre, como con el paso de los días ardía en deseo y no podía conseguir nada, engañado por un filtro amoroso, moría de amor por ella con más fuerza. El principio, agravamiento y paroxismo de esta enfermedad fueron tales que no dormía ni de día ni de noche, por todas partes suspirando y debilitando la mitad de su cuerpo, llegó a un agotamiento semejante a la fiebre hética y, como su cerebro se secó, comenzó a delirar.

De esto, en mi opinión, parecía hablar Platón en *El banquete, o del amor*: «Los que enloquecen por amor no sólo se dice que se hacen amantes al verter en el cerebro la atrabilis y el espíritu animal y las principales facultades del cerebro, sino también se torturan con estos humores en la enfermedad del corazón. Pues por el gran deseo y el fuego de amor, el corazón les hierve extraordinariamente a los amantes, se agita, se oprime, por lo que viven inquietos, angus-

tiados, llenos de tristeza y de preocupaciones. El amor no sólo hace al ánimo impetuoso, sino también muchas veces ejerce en el cuerpo un poder absoluto con las viglias». Con estas palabras, Platón describe admirablemente el lugar afectado, su acción dañada, la afección y su causa.

Porque, en efecto, no dejaré de contar la causa de esta afección según Platón, Lactancio y Firmiano. Lactancio, en el libro *De opificio Dei* dice: «La causa de la melancolía producida por amor es la pasión del alma concupiscible, el deseo de la cosa amada existente en el corazón y en el hígado. El deseo hierve en el corazón y en el hígado por la imaginación y los espíritus comunes». Pero Platón dice así: «Puesto que la intención del amante se vuelve toda en un constante pensamiento del amante, se aplica casi toda la fuerza del cuerpo». Lo cual hace que ni la cocción se realice correctamente ni las demás funciones de la naturaleza (que se hacen con los alimentos por medio de las facultades naturales) se realicen perfectamente. De aquí la abundancia de superfluidades y de alimentos indigestos, que son atraídos por el bazo. Y de aquí la penetración de sangre mala y cruda, y de aquí que anden pálidos y tristes por la sangre cruda difundida por las venas.

Finalmente, como dice el mismo Platón en *El banquete, o del amor*, el amor es un tipo de locura. [...] Sería necesario decir abiertamente que esta afección es como una fascinación, como ya han empezado a decir algunos de nuestro tiempo. [...] Es sorprendente cómo el amante, mirando con pasión a la mujer amada y observándola con la mirada fija, se corrompe por amor debido a los rayos emitidos por los ojos; y cómo a su vez ella vuelve a él sus ojos brillantes y con la mirada recíproca hacen girar y mezclan los rayos visuales que ema-

nan del uno al otro. ¿No atraviesan sus corazones con la mirada amorosa con una flecha inmaterial y se impregnan del amor del otro con la mirada recíproca? Sin duda. Nadie lo niega, puesto que es natural que el espíritu sutil y cálido enviado por los rayos de los ojos haga pedazos y desgarrar de algún modo su corazón con cierta sutileza. El calor le agita, arrebata lo que es suyo y modifica su naturaleza. Por este cambio no le permite que descanse, sino que le atrae a lo que le ha corrompido (33b-34b).

Caso XI

Se nos presenta una religiosa sexagenaria que está constantemente atormentada por dolores de ojos y ha sido asistida con muchos medicamentos cálidos, y además con una dieta ligera y reductiva y una toma frecuente de píldoras de coclearias y también de mucha triaca. Se le secó demasiado el cerebro y se le consumió, de donde surgieron las vigiliadas, las imaginaciones variadas, infinitas y vanas, el miedo y la tristeza. Una vez anotado esto, juzgamos que el cerebro estaba afectado primeramente y por sí mismo. Conocida la causa, como es evidente, la sede afectada y su afección, nos encargamos de la predicción. Se estimó conveniente decirles a la abadesa y las demás que la enfermedad sería larga tanto por la edad de la enferma como por el carácter de la afección (35b-36a).

Caso XII

Un hombre enfermó de esta forma [protopatía]. Durante largo tiempo se vio oprimido por la melancolía. Aunque al principio, y durante algunos días, le trataron mé-

dicos fieles y prudentes, la final la medicina le abandonó y ellos lo dejaron. Yo llevé su nada despreciable misión sobre mis hombros.

Había cumplido treinta y cuatro años y tenía un temperamento sanguíneo bilioso, con el corazón, el cerebro y el hígado bastante calientes, con un estado de salud débil, y una organización alimenticia muy buena. Este hombre, demasiado ocupado en el estudio de las letras y atento a un tipo variado y grande de quehaceres a todas horas, sin acordarse de la comida o de la cena y estimándolo en mucho, quemó la sangre de todo su cuerpo y creó grandes obstrucciones. La sangre se le quemó tanto que le penetraron en el cerebro vapores variados y abundantes. De aquí las imaginaciones diferentes y variadas, el miedo y la tristeza, el odio injustificado a vecinos y familiares, también las vigiliadas continuas y el delirio perpetuo. Por tanto, si nos fijamos bien, el cerebro de este hombre estaba afectado por consenso de las venas de todo el cuerpo. Sin embargo, como esta sede tenía en sí una disposición permanente, se decía que estaba afectado secundariamente o por sí misma. Predije ante su mujer y amigos que la enfermedad sería larga, pero que la medicina, con ayuda de Dios, no le abandonaría, y así se consiguió (36b).

Caso XIII

Había un religioso, que no llegaba a los veintidós años, bilioso y sanguíneo, con una complexión del cuerpo delgada y débil. Este se introdujo en ayunos constantes y varios tipos de penitencia. Todo esto fue la causa de una fiebre diaria tranquila que, como se detuvo mucho tiempo en este cuerpo demasiado débil, lo secó y a la vez volvió al ce-

rebros flacos. De aquí las vigiliass y las otras cosas que les suelen ocurrir a los melancólicos, principalmente muchas imaginaciones falsas y horrendas.

El método con el que remediamos este mal fue el siguiente. Como era el tiempo de una estación cálida, le mandé bañarse en el río por espacio de una hora durante treinta o cuarenta días seguidos, mojando la cabeza mientras se sentaba desnudo en el río. Muy de mañana, sin cambios, le daba un trago de jarabe de borrajas con agua de lengua de buey. Durante quince días tragaba bolos de casia y confección de hamec simple, a veces disuelto en agua de lengua de buey. Y continuando con esto, en un espacio de tres meses se curó (37b-38a).

Caso XIV

A una doncella casta y honesta le faltó la menstruación y además, puesto que estaba en edad núbil, no sería extraño si en su útero se encontrase alguna cantidad de semen. Las dos cosas fueron la causa de que se condujese al cerebro el jugo negro que causa imaginaciones variadas y falsas y muchos síntomas de los melancólicos. Sin embargo, había diferencias en sus circunstancias y las de otros, ya que cuando otros están constantemente en vela y deliran, y a ésta le ocurría a veces, por ejemplo con la luna creciente. En este tiempo aumentaban los jugos negros y se elevaban junto con el agravamiento del cerebro. Al aumentar el crecimiento de la luna, se agravaba excesivamente la afección y el cerebro. Así, los síntomas aumentaban demasiado. Esto era lógico, puesto que el divino Hipócrates decía en su epístola a Moecenate, lo que sigue: «Sabemos que hasta el mar aumenta y disminuye por la luna, los cerebros de los hom-

bros se agravan con la luna creciente. Pero cuando la luna decrece, se siente también en otras partes la disminución. Aunque reconozcas esto en lo que usas cada día, sin embargo, aconsejado por mí, sabrás que el agravamiento disminuye y crece por la luna». Estas palabras declaran el movimiento de esta afección (38a-b).

Caso XV

Era un joven que, según la opinión de todos, se había consolidado como melancólico y andaba vociferando abiertamente por las aldeas, y deliraba. Los niños no sólo se burlaban de él, sino que lo perseguían. Era muy bilioso, con una constitución muy buena y alto; cayó en esta melancolía por una gran tristeza, porque algún pariente suyo se había apropiado de todas sus cosas. Además se daba a las borracheras y la gula. Se le curó de un modo rápido. Se le ató con cadenas, solo, en una habitación durante todo el mes. Nadie hablaba con él, salvo una mujer que le proporcionaba las cosas necesarias (38b).

Caso XVI

Un hombre de unos cuarenta años se volvió muy furioso por beber copiosa y frecuentemente vino y por la glotonería de muchos alimentos. Y puesto que se llama manía a esta afección, que es un aumento de la melancolía a una mayor fiereza y de la sangre melancólica quemada mezclada con la bilis amarilla o mucha bilis amarilla quemada, y además en gran cantidad. Mandé extraer mucha sangre dos o tres veces y después atemperar los residuos de este jugo con alimentos, bebidas, baños y jarabes. Des-

pués recurrí a medicamentos purgantes más leves y finalmente a los más fuertes (39a).

Caso XVII

Hay muchas mujeres atormentadas día y noche por imaginaciones muy malas y falaces, por una gran tristeza y un miedo terrible. Otras, con tal desesperación que si se las dejara solas, muchas se ahorcarían o se arrojarían por la ventana. De éstas, algunas son doncellas en edad núbil con menstruaciones irregulares, otras viudas con retención de semen. Además, dichos síntomas se producían por la supresión de la sangre de la menstruación. Tras suministrar las eva-

cuaciones señaladas más arriba (según el método de Galeno y de otros) en su momento y considerando las fuerzas, la edad, el tiempo, la costumbre y sobre todo la magnitud de la enfermedad, diré los remedios con los que les he auxiliado. Durante quince días evacuaba el cuerpo de éstas con el excelente medicamento purgante —nunca suficientemente ponderado— con la precaución señalada más arriba. Después, cada tres días le mandaba tomar muy de mañana dos o tres píldoras del tamaño de un garbanzo de este polvo, un medicamento que provoca admirablemente las menstruaciones y seca el semen del útero (39b).

(Traducción de Ana Sáez Hidalgo)